tonces conocido, con excepción de algunos pueblos del extremo Oriente. Pero dislocado aquel gigantesco organismo político, subsistente y viviendo vida trabajosa su grande mitad oriental, y alzándose nuevos Estados en la otra mitad, preséntanse en lugar de la antigua unidad, varios pueblos que empiezan á moverse en su propia órbita, sin recibir ya como antes el impulso de una fuerza superior. Auméntanse, por lo tanto, las dificultades del estudio de la historia: pueblos diversos y separados entre sí por la raza, el idioma y los intereses; falta de historiadores contemporáneos y sobra de cronistas crédulos ó superficiales; aparente caos en medio de aquellos siglos llenos de tantos problemas y generadores del tiempo presente, tales son los elementos principales á que es preciso atender en la historia de la Edad media.

No cuadraría con la índole de la presente otra la delineación, aunque fuera á grandísimos rasgos y á título de proemio, de ese magnífico movimiento de la humanidad durante diez siglos, en que por mucho tiempo sólo se quiso ver confusión y barbarie, pero que con mayor estudio y juicio más sereno se considera hoy como un período de inmensa gestación de la libertad y del progreso modernos. Felices nosotros si en el curso de nuestro trabajo y dentro de la condición y los límites de un libro elemental, lógramos bosquejar ese milenario con la posible fidelidad.

Pero lo que sí debemos exponer brevemente es el conjunto de los elementos generadores de la nueva sociedad que empieza con la Edad media. En el siglo de las invasiones, y en el que inmediatamente le sigue aparecen tres elementos constitutivos: el bárbaro, el romano y el cristiano. El elemento bárbaro vencedor representa la fuerza material que todo lo ha derribado, la ignorancia que todo lo ha abatido, la inmensa expansión de la brutalidad y del egoísmo triunfantes y anárquicos; pero al mismo tiempo representa también el sentimiento de libertad y de independencia, desconocido de la sociedad antigua que acababa de caer á los piés de los invasores. El elemento romano vencido, cuyos caracteres generales nos son ya conocidos, representa en ese aparente caos la vieja civilización, y se vengará de su derrota imponiendo á los vencedores, primeramente, la ilustración, y luego, regeneradas con el sentimiento de libertad de los mismos bárbaros, las instituciones municipales romanas. Colocado entre los dos anteriores, el elemento cristiano es el mediador que escuda á la civilización contra los arranques de la barbarie, que modera y aplaca las iras triunfantes; es el protector de las letras, el sostén de los débiles, el mantenedor más celoso de la paz pública, y de su misión en aquella época derivará el enorme prestigio que le veremos ejercer en el curso de la Edad media.

Desde los primeros siglos de ese gran período histórico se constituyen los tres factores de su organización social: la Iglesia, el Feudalismo, la Monarquía. "Pero esta última—dice Mr. Lévi—se encuentra á poco con un contrapeso en "los *parlamentos*, en las *cortes* y en las *dietas* que emanan á la vez de la noble-"za, del clero y de las comunas. Esas asambleas, tipo rudimentario del sistema "representativo, despiertan el espíritu público y el sentimiento nacional; la for-"ma republicana domina en los municipios y se establece en Italia y en Suiza. "Desde el siglo 11° se nota un gran movimiento de emancipación; multiplícanse "los descubrimientos, armonízanse los idiomas; progresa el espíritu humano; el "pasado enseña al presente, y á fines del siglo 15° el descubrimiento de una nue-"va senda para la India, el de América, y la difusión de la imprenta hacen pre-"sentir la regeneración social de los tiempos modernos." 31-10-97.

SIGLO 6.°

JUSTINIANO.

SUMARIO.

Los Francos en las Galias.—Reinado de Clovis [481-511].—Inmediatos sucesores de Clovis [511-561].—Segunda división del reino de los francos [561-567].—Guerras civiles; Fredegunda y Brunequilda [568-613].

Italia.—Establecimiento de los ostrogodos [493].—Reinado de Teodorico [493-526].—Sucesores de Teodorico hasta la completa destrucción del imperio ostrogodo [526-555].—Los *lombardos* en Italia [568].—Principio del *exarcado* de Rávena [568].

España.—Extensión del reino de los visigodos á principios del siglo 6.°—Reinado de Leovigildo y destrucción de la monarquía de los suevos [568-586].—Recaredo [586-601].

Bretaña.—Establecimiento de los anglos y sajones.—Principio de su conversión al cristianismo [596].

Imperio de Oriente.—Reinado de Justiniano [527-565].—Justiniano legislador.—Campañas de Belisario.—Los sucesores de Justiniano en el siglo 6.° [565-602].

La Iglesia.—La Iglesia en el siglo 6.°—El papado; Gregorio el *Grande* [590-604].—Los *benedictinos* (529).

LOS FRANCOS EN LAS GALIAS.

REINADO DE CLOVIS (481—511).—Ya hemos dicho que desde

principios del siglo 5° los francos se establecieron sobre ambas orillas del Rhin, siendo la tribu de los *sálicos* la que se extendió al Oeste de ese río. Sus primeros jefes *Faramundo, Clodión, Meroveo y Childerico* apenas son citados en la vieja historia de Gregorio de Tours, pero el nieto de *Meroveo*, Clovis ó Clodoveo, se presenta ya en la misma obra con caracteres claramente definidos. Fijaremos desde luego que la dinastía derivada de Clovis se llamó *merovingia*, del nombre de *Meroveo*.

Quince años contaba apenas Clovis cuando sucedió á su padre *Childerico* (481), y durante su reinado de treinta años fundó el imperio de los francos en las Galias, suceso de gran trascendencia histórica. Su primera campaña fué contra Siagrio, que desde la caída del imperio de Occidente ejercía su autoridad sobre gran parte de la Galia central. Vencido y muerto por el rey franco en 486, sus Estados pasaron bajo la obediencia del triunfador, que sometió después á los *alemanes* y á los *turingios* que ocupaban parte de las Galias (491-496).

Cuenta Gregorio de Tours que Clovis, á quien su esposa borgoñona Clotilde *(Rotehilda)* había instado para que se convirtiera al cristianismo, hizo voto de hacerlo así en la batalla de Tolbiac contra los *alemanes*, siempre que alcanzase allí la victoria. Triunfante de sus enemigos, Clovis recibió el bautismo en Reims (496) de manos del obispo Remigio, quien dijo en ese acto al regio catecúmeno: "Inclina la cervíz, fiero *sicambro* domeñado; adora lo que quemaste "y quema lo que adoraste." Al mismo tiempo que Clovis, recibieron el bautismo tres mil guerreros francos, y en lo sucesivo les imitaron todos los de su nación.

La conversión de Clovis al cristianismo fué de grandes consecuencias para el naciente imperio franco y para la Iglesia: su entrada en el catolicismo fué un golpe funesto para la secta de Arrio, cuyos principios habían adoptado y profesaban casi todos los pueblos bárbaros establecidos en los Estados de Occidente, y la Iglesia dió al rey de los francos todo su valioso apoyo. El papa Anastasio escribió á Clovis felicitándole por su entrada en el catolicismo y declarándole protector de la Iglesia, y le excitaba á ser la columna de bronce de la cristiandad.

Nuevas y sangrientas conquistas ensancharon considerablemente la dominación de los francos, pues Clovis, apesar de su conversión, siguió insaciable en su codicia y feroz como antes. Fué

principal entre todas la que hizo de la Galia ocupada por los visigodos (506), á quienes destrozó en Vouglé. Todo el extenso territorio comprendido entre los Pirineos y el Loire, con excepción de la *Septimania*, pasaron del dominio gótico al del monarca de los francos que murió en el año 511.

Inmediatos sucesores de Clovis (511-561).—El gran rey *merovingio*, antes de morir, repartió el imperio entre sus cuatro hijos, según la costumbre establecida entre los sálicos. Teuderico (Thierry) fué rey de *Metz*; Clodomiro, de *Orleans*; Childeberto, de *París*, y Clotario, de *Soissons*. El carácter bestial y feroz de Clovis y la raza franca se precisó vigoroso en los hijos de este soberano, quienes cometieron crímenes é iniquidades de toda especie. Clodomiro, Childeberto y Clotario marcharon contra los borgoñones (516) é hicieron prisionero á su rey Sigismundo que fué arrojado á un pozo con todos los de su familia, pero quedó hasta cierto punto vengado por su hermano Gundemaro que derrotó á los francos en Voirón (524), donde fué muerto Clodomiro. Entonces Childeberto y Clotario se repartieron los estados de su hermano, y para evitarse dificultades asesinaron á sus dos sobrinos, hijos de Clodomiro; un tercer vástago de este príncipe se encerró en un monasterio que de su nombre fué llamado *San Cloud*.

Diez años más tarde (534), Childeberto y Clotario conquistaron la *Borgoña* ó tierra de los borgoñones, en tanto que su hermano Teuderico ensanchaba sus estados con el de los *turingios*, establecidos en las orillas del Rhin, matando traidoramente á su rey ó caudillo. Teudeberto, hijo y sucesor de Teuderico, intentó apoderarse de Italia, mal defendida á la sazón por los últimos reyes ostrogodos contra los ejércitos del imperio de Oriente, y al efecto entró en la península con un ejército que devastó todo el país desde los Alpes hasta Bolonia. Las amenazas de Belisario le hicieron retroceder á sus estados, los cuales quedaron, poco después de su muerte, en poder de su tío Clotario. También los de Childeberto engrandecieron los dominios de aquél, de suerte que en 558 Clotario, rey de Soissons, reunió bajo su mano todo el imperio franco, considerablemente aumentado. Tres años después (561) falle-

ció ese último hijo de Clovis, el más afortunado de aquella familia feroz y sanguinaria.

SEGUNDA DIVISION DEL REINO DE LOS FRANCOS (561-567).—Los cuatro hijos de Clotario se repartieron entonces el reino: Cariberto tuvo la Aquitania y el territorio de París; Gontrán recibió la Borgoña con Orleans por capital; Chilperico fué rey de la vasta porción que se extiende al Oriente del Mosa y al Norte del Loire, la cual fué llamada *Neustria* ó tierra oriental de los francos; y á Sigiberto tocó el país de los *ripuarios* y la *Austrasia* ó región Occidental, comprendida entre el Mosa y el Rhin. Seis años después murió Cariberto (567) y sus estados fueron repartidos entre Gontrán, Chilperico y Sigiberto.

GUERRAS CIVILES; FREDEGUNDA Y BRUNEQUILDA (568-613).—Chilperico y Sigiberto se casaron con dos hermanas, hijas de Atanagildo, rey de los visigodos en España: la esposa del primero fué Galsuinda, y la del segundo Brunequilda. La crónica de Gregorio de Tours dice lo siguiente acerca del triste fin de Galsuinda: "El amor que Chilperico tenía á Fredegunda, mucho antes de casarse, originó grandes desgracias entre los esposos. La reina no cesaba de quejarse de la conducta de su esposo que la postergaba á Fredegunda, y hasta le suplicó que se quedase con sus joyas y riquezas y la dejase volver libremente á su país. El rey puso en juego toda clase de ardides y arterías para disuadirla de su empeño; pero al fin, viendo que no lo conseguía, la hizo estrangular por un criado suyo y la pobre Galsuinda fué encontrada muerta en su lecho.» Este crimen que tan de cerca hería á Brunequilda, esposa de Sigiberto, contribuyó á encender las largas luchas que se empeñaron entre Austrasia y Neustria. Sigiberto sucumbió asesinado (576), y su hermano Chilperico tuvo igual fin ocho años más tarde (584), siendo acusada de ambos crímenes la terrible y ambiciosa Fredegunda, pues el primero le era odioso como enemigo y esposo de Brunequilda, y temía la venganza del segundo, sabedor de sus relaciones con un noble franco llamado Landerico.

La Neustria, regida por Clotario II, ó más bien, por su madre

Fredegunda continuó sosteniendo la guerra contra Austrasia, gobernada por Childeberto II, sucesor de Sigiberto, y engrandecida con todos los estados que le legó su tio Gontrán en 592. La implacable Fredegunda murió en 598, pero su hijo Clotario II logró destrozar á los *austrasianos*, dió muerte á los hijos de Childeberto II que le habían sucedido en el mando y condenó á la ya anciana Brunequilda á sufrir el tormento, y á morir arrastrada por un caballo. En 613 todos los reinos de los francos quedaron otra vez unidos bajo el cetro de Clotario II, biznieto de Clovis.

Es imposible consignar las prolongadas y continuas guerras civiles que destrozaron en ese dilatado período á los estados de los francos, sí es que merecen el nombre de guerras las salvajes correrías de pillaje, y las devastadoras excursiones de los bárbaros descendientes de Clovis. La *Historia* de San Gregorio de Tours, aparte de los estupendos milagros que refiere con admirable candor, es un valioso testimonio de las costumbres de la época y del carácter de los *francos*, contemporáneos del religioso historiador. Todos aquellos monarcas *merovingios*, animados por la codicia, cegados siempre por las pasiones más viles, feroces hasta la demencia y no respetando ni los más dulces vínculos dejan atrás la fama siniestra de los célebres *Atridas* que espantaron al mundo antiguo. La religión no modifica en manera alguna los sentimientos de aquellos *bárbaros* durante los siglos 6° y 7°; la autoridad de los reyes es desconocida con frecuencia por los turbulentos jefes de las tribus francas, y el pueblo sufre las tristes consecuencias de aquellas luchas interminables y devastadoras.

ITALIA.

ESTABLECIMIENTO DE LOS OSTROGODOS [493].—El célebre pueblo de los ostrogodos, situado desde mediados del siglo 5.° en la Panonia, estaba regido por tres hermanos de la familia de los *Amalos* (varones esforzados). Walamero, Vidimero y Teodemero, que así se llamaban, pudieron conservar por varios años la independencia de su nación; en virtud de un tratado que ajustaron con el imperio de Oriente, Teodemero entregó en rehenes á su tierno hijo Teodorico que se educó en Constantinopla hasta la edad de diez y ocho años. Poco después de haber vuelto Teodorico al seno de su pueblo fué proclamado rey de los ostrogodos [475]. Durante trece años fué alternativamente aliado y enemigo del imperio ro-

mano Oriental, hasta que en 488 convino con el emperador Zenón reconquistar en su nombre la Italia, destruyendo la soberanía fundada allí por Odoacro desde 476. La corte de Constantinopla al firmar ese pacto, era fiel á las tradiciones de la antigua política romana, enderezada á que los bárbaros se exterminaran entre sí; y Teodorico al proponerle que gobernaría en Italia con calidad de delegado suyo no pensaba más que en implantar allí una dinastía como galardón de su conquista.

Así convenido, movióse el gallardo y bravo Teodorico llevando tras sí á toda la nación de los ostrogodos [489]; entró en Italia por los desfiladeros de los Alpes Orientales, y durante cuatro años luchó contra Odoacro, que obligado al fin á guarecerse tras los muros de Rávena defendió como héroe su corona y su vida. En 27 de Febrero de 493 firmóse una capitulación entre los dos reyes: Teodorico concedió á su valiente adversario la vida, la libertad y honores reales iguales á los suyos; pero pocos días después lo mató hundiéndole su espada en el pecho (Véase *siglo 5.º*).

Reinado de Teodorico [493—526].—Dueño único del mando, fué Teodorico proclamado por los suyos rey de Italia, y de este modo significaba el célebre caudillo que iba á reinar por derecho propio, como conquistador y vencedor, y no como delegado del emperador de Oriente. Tardó varios años la corte de Constantinopla en reconciliarse con Teodorico, pero al cabo hubo de conformarse con los hechos consumados (498).

La educación que el rey ostrogodo recibió en Constantinopla le inspiró la prudente conducta que muy pocas veces desmintió en su largo reinado. Atento á afirmar su dominación y ávido de fama, respetó los derechos del pueblo romano conquistado, y se esforzó *porque se olvidase que un bárbaro se sentaba en el trono de Italia*, según la feliz expresión del historiador Gibbon. Dejó á la población romana sus leyes propias y todo su sistema administrativo, y con sus ostrogodos fórmó el ejército y una nueva clase de propietarios, cediéndoles las tierras que habían pertenecido á los vencidos hérulos; estableció en su corte los cargos y empleos de la fastuosa de Bizancio; y su amor á la paz, su sabio gobierno, su vigorosa y pronta administración de justicia, su imparcial benevolencia para godos y romanos, y su tolerancia para con otros cultos distintos del suyo, que era el arriano, dieron brillantes resultados y le hicieron merecedor de altísimo renombre.

Logró el hábil Teodorico celebrar alianzas de familia con los demás reyes bárbaros establecidos en el Occidente, y si algunas veces volvió á echar mano á la espada fué para defender su reino de los ataques del imperio de Oriente y reprimir las invasiones de los francos en la Galia de los visigodos. En los momentos de su más grande esplendor, cuando fué tutor de su nieto Amalarico, heredero del trono visigodo, la autoridad de Teodorico se extendía sobre toda Italia y Sicilia, Retia, Nórica, gran parte de Panonia, España y la Galia meridional.

Ya al fin de su reinado desmintió Teodorico su prudente tolerancia en materias religiosas: cuando los emperadores de Oriente Justino y Justiniano persiguieron terriblemente á los arrianos, Teodorico obligó al papa Juan I.º á dirigirse á Constantinopla para disuardirles de sus rigores; y como volviese sin haber conseguido nada le aprisionó y el jefe de la Iglesia falleció á poco en su cárcel. Más y más irritado Teodorico, creyó ver en la aristocracia romana un partido resuelto á entenderse con la corte bizantina, y en su furor mandó dar muerte al ilustre patricio Boecio, lustre que era de su reino, y á Símaco, suegro de aquél, confiscando los bienes de ambos, según el derecho penal vigente entonces. Poco sobrevivió Teodorico á estos crímenes que echaron una mancha imborrable sobre su nombre, pues falleció mes y medio después que Boecio (27 de Agosto de 526).

Sucesores de Teodorico hasta la completa destrucción del imperio ostrogodo (526-555).—A la muerte de Teodorico se sentó en el trono de los ostrogodos el niño Atalarico, hijo de Eutérico, muerto en 522, y de Amalasvinta, que se encargó de la regencia hasta la mayor edad del monarca. La hija de Teodorico fué una mujer de gran talento, instrucción y carácter enérgico que supo mantenerse en el gobierno aun después de la muerte de su joven hijo Atalarico (534). Temiendo, sin embargo, las consecuencias del

disgusto que produjese en los godos el régimen de una mujer, asoció al trono á su sobrino Teodato (Teohadado), quien no tardó en conspirar contra ella, por ambición y á instigaciones de la perversa emperatríz Teodora, esposa de Justiniano. La infelíz Amalasvinta fué confinada á una isla del lago de Bolsena, y luego muerta en un baño.

Justiniano espiaba la ocasión de destruir el dominio de los ostrogodos para unir Italia á sus estados, y la muerte violenta de Amalasvinta le sirvió de pretexto para enviar un ejército á la península, mandado por el ya célebre general Belisario (535) que acababa de destruir el imperio de los vándalos en Africa. Tal fué el principio de la guerra de veinte años que dió término al reino fundado por Teodorico, y de la cual hablaremos con más extensión en la parte correspondiente al imperio de Justiniano.

El cobarde Teodato fué desposeído y muerto por los ostrogodos (536) los cuales alzaron en su lugar á Vitiges (Witiquis), que aunque no de raza noble, se había distinguido brillantemente por su valor y pericia. Las armas del imperio de Oriente ya eran dueñas de gran parte de Italia, y sin embargo, pudo Vitiges sostener la lucha por espacio de cuatro años hasta que sorprendido por Belisario cayó en su poder (540) y fué enviado á Constantinopla. Ildibado y Erarico reinaron sucesivamente sobre los ostrogodos en el espacio de un año, y antes de que terminase el de 541 fué elegido Totila, destinado á representar con mayor gloria que ninguno la causa de su pueblo.

La agonía del imperio ostrogodo fué honrada por la bravura y las virtudes del gran Totila que detuvo once años la caída de su nación. Vencedor y vencido alternativamente, recorrió la Italia desde los Alpes hasta Sicilia; dos veces entró triunfante en Roma; y tan generoso como esforzado, si espléndidas victorias alcanzó con su espada, más voluntades ganó con su inagotable clemencia. El mismo Belisario se vió obligado á abandonar la Italia; pero reemplazado por el hábil y valiente Narses que acaudillaba un poderoso ejército, la suerte cambió á favor de los imperiales y Totila murió dignamente sobre el campo de batalla (552). Teya, su sucesor, siguió peleando con indómita constancia, y sucumbió algunos meses después en el último combate que sostuvieron los ostrogodos cerca del Vesubio. Todavía resistieron tres años más las dispersas reliquias de aquel valiente pueblo, y en 555 pudo el emperador de Oriente dominar en toda Italia. Desaparecieron los ostrogodos del haz de la tierra, pero nó del recuerdo de la historia.

El corto y agitado período del dominio ostrogodo en Italia es de grande importancia en el tránsito de la civilización antigua á la Edad media. La rama goda fué, entre todos los pueblos germánicos, la más inteligente y apta para la civilización, y aunque no puede decirse que Teodorico, Amalasvinta y sus sucesores detuvieron la decadencia intelectual en aquella parte del mundo romano que dominaron, sí es prudente asegurar que la dinastía de los *Amalos* (Teodorico y Amalasvinta) ejerció una benéfica influencia en la literatura.

Los autores de aquella época no fueron genios creadores; su mérito consiste en haber fijado las tradiciones de la antigüedad en forma enciclopédica, aunque sin gusto, y haber sido los modelos hasta la época del Renacimiento. Magno Felix Enodio (473–521), obispo de Pavía, fué un mediano poeta, pero en sus obras históricas y en sus controversias éticas se distinguió entre sus contemporáneos. Boecio (480–526), mártir de sus convicciones católicas y víctima del recelo de Teodorico, fué uno de los principales maestros de la Edad media por sus traducciones y explicaciones de varias obras de Aristóteles y de Porfirio y sus comentarios sobre varios libros antiguos de aritmética, geometría, astronomía y mecánica. Más importantes, sin embargo, que todas estas obras especiales, eruditas y técnicas son sus célebres *Consolaciones* que escribió en su prisión y que le valieron el dictado del "*último filósofo.*" Casiodoro (477–570) que vivió cerca de una centuria, fué alto funcionario en tiempo de Teodorico, y de gran fecundidad en todos los ramos del saber humano: su obra más importante y voluminosa, la *Historia de los godos*, sólo se ha conservado en el pequeño extracto de Jordanis (Jornandes). Finalmente, florecieron en el primer tercio del siglo 5º el diácono Elpidio, médico de cámara de Teodorico y poeta religioso, y el jurisconsulto Arator, poeta también y autor de un poema sobre los hechos de los apóstóles.

Los Lombardos en Italia (568).—Trece años después del completo hundimiento del reino ostrogodo los *lombardos*, ya fuese que los llamara el mismo Narses para vengar algún agravio que le había inferido la emperatríz Sofía, esposa de Justino II, ya que la destitución de aquel gran general los alentase, entraron en Italia

(568) y en pocos años se hicieron dueños de gran parte de la península, excepto Rávena y el extremo meridional que siguieron perteneciendo al imperio de Oriente, lo mismo que las islas de Sicilia, Cerdeña y Córsega y el archipiélago de las Baleares.

Los lombardos (*longobardos*) establecidos antes en Panonia, acababan de destruir á los *gépidos* cuando acaudillados por su joven rey Alboino atravesaron los Alpes Julios, sin que el valor de Longino, sucesor de Narses, pudiese detener su marcha triunfante. Hicieron de Pavía su capital, y allí fué asesinado el mismo Alboino (573) por su esposa Rosimunda, en venganza de la muerte de su padre Cunimundo, rey de los *gépidos*, que aquél había herido con sus propias manos. Algunos autores afirman que el cruel Alboino obligaba á Rosimunda á beber en una copa formada del cráneo de su padre Cunimundo. Los sucesores inmediatos de Alboino ensancharon las conquistas de los lombardos, que al terminar el siglo 6º comprendían desde los Alpes hasta cerca de Roma. El establecimiento de los lombardos, con los que termina la gran emigración germánica, tuvo una grande importancia histórica: Italia, después de ocho siglos de unidad política, quedó desmembrada para continuar dividida entre muchos estados hasta la época contemporánea nuestra, el dominio de Constantinopla en el Occidente fué herido de muerte; y el poder temporal de los papas pudo alzarse, aunque mucho tiempo después, sobre las ruinas y despojos de la misma dominación bizantina.

Principio del exarcado de Rávena (568).—En medio del vasto territorio ocupado por los lombardos y que fué dividido por éstos en 30 ducados dependientes del monarca residente en Pavía solamente en los asuntos de interés general, pudieron conservar las armas del imperio de Oriente un estado no muy extenso que tuvo la denominación de *exarcado de Rávena*. Este era uno de los diez y ocho territorios ó gobiernos en que los bizantinos habían repartido toda la Italia antes de la invasión y conquistas de los lombardos.

ESPAÑA.

Extensión del reino de los Visigodos á principios del siglo 6º.—En los primeros años de la sexta centuria el reino de los

visigodos era la mayor monarquía que se fundó sobre las ruinas del imperio de Occidente. Las victorias de Eurico la habían alzado al punto culminante de su engrandecimiento, y abarcaba, del lado occidental de los Pirineos, toda España, exceptuada Galicia donde se mantenían los suevos, y del otro lado de aquella cordillera la vasta porción de la Galia comprendida entre el Loire, el Ródano, el Mediterráneo y el Océano. Clovis, rey de los francos—como hemos dicho ya en el lugar oportuno—dió un gran golpe á los visigodos en la batalla de Vouglé (507), donde perdió la vida su rey Alarico II, y se vieron obligados á dejar en manos del vencedor casi todo aquel territorio de las Galias en que habían dominado por espacio de noventa años. La rota de Vouglé hizo que la fuerza de la monarquía visigoda se concentrara en España, y de sus antiguos dominios en las Galias sólo conservó la faja territorial llamada entonces *Septimania*.

Reinado de Leovigildo (568-586).—Teodorico, rey de Italia, gobernó la monarquía visigoda durante la menoridad de Amalarico, hijo y sucesor de Alarico II; nuevas guerras se encendieron entre francos y visigodos, y el mismo Amalarico murió en el campo de batalla (531). Sus sucesores Teudis, Teudiselo, Agila y Atanagildo reinaron, uno en pos de otro, hasta 568, en que fué elegido Liuva; pero éste persuadió á los nobles á que le diesen por compañero en el trono á su hermano Leovigildo, á quien cedió el gobierno de España reservándose él la pequeña porción de la Galia gótica. En 572 falleció Liuva, y desde entonces quedó todo el imperio encomendado á la robusta mano de Leovigildo, uno de los más notables príncipes que se sentaron en el trono de los godos.

Uno de los primeros cuidados del nuevo monarca fué el de desalojar de España á los griegos imperiales que ocupaban algunas plazas de la península, cedidas imprudentemente años atrás por el rey Atanagildo. Córdoba, Baza, Málaga y Medina Sidonia fueron reconquistadas entonces, y poco después los *cántabros*, siempre levantiscos y belicosos, quedaron sometidos por el severo Leovigildo. Más importante fué una campaña victoriosa que dirigió contra los reyes francos Gontrán y Childeberto, cuyos ejércitos habían invadido la Septimania, y de más trascendencia para la dinastía goda su triunfo sobre los suevos (585) y la desaparición política de este pueblo que se confundió con sus vencedores, des-